

**E.  
HARO  
TEGLEN**

**Tras el XXXII  
Congreso  
de UGT**

# SINDICATO, PARTIDO, TEORIA Y REALIDAD

**R**EAPARECE, en el XXXII Congreso de la UGT, el viejo, el eterno tema de relaciones sindicalismo-política, sindicato-partido. Tema con más de un centenar de años. Tema con los nombres de Proudhon, de Julien Guesde, de los tradeunionistas; sobre todo, de la "Carta de Amiens" (1903), que sigue siendo un catecismo: debe haber "entera libertad para el sindicato de participar, fuera del movimiento corporativo, a cualquier forma de lucha que corresponda a su concepción filosófica o política". Quedaba claro: fuera del sindicato. La derecha no ha dejado de utilizar el argumento: cualquier huelga podía ser declarada política y, por lo tanto, fuera del derecho. Pero el tema, entonces, tenía por lo menos otra intención: los sindicatos serían únicos; los partidos, plurales. Parecía que el interés del trabajador no podía ser más que uno, fuera cual fuera lo que la "Carta de Amiens" llamaba su "filosofía": una mejora de las condiciones de trabajo, de la participación en la empresa, del salario recibido, etcétera. De hecho, las organizaciones patronales daban su propio ejemplo y tendían, y tienden y lo consiguen con mayor facilidad, a la unidad, al mismo tiempo que estimulan el pluralismo sindical del trabajador sobre bases filosóficas: la democracia supone pluralidad, diferenciación de vías, de caminos. La unidad sindical se emparenta a la dictadura: el sindicato único, el partido único. Todo está, un siglo después, sin resolver, sin esclarecer. En el país donde hay mayor unidad sindical y máxima relación entre partido y sindicato, en Gran Bretaña, donde por algo el socialismo se llama "laborismo" y tiene sus propias bases en las "trade unions", los problemas son continuos. No se puede traer aquí un debate de cien años y de mil libros, de cientos de miles de discusiones. Pero sí ver que el tema todavía está presente y actual, que es capaz de dividir en dos tendencias —por lo menos— el Congreso de la Unión General de Trabajadores, que la unidad sindical es imposible y que no se esclarecen suficientemente las relaciones partido-sindicato.

# ION GENERAL



Las críticas, aplausos, censuras y apoyos que se han ido sucediendo en el XXXII Congreso de la UGT, en torno a la reconducción de la línea actual, en torno a Mi

**F**ELIPE González rechazaba en su discurso la influencia del Partido Socialista sobre el sindicato de la Unión General de Trabajadores, para admitir una forma que, al ser contraria, venía a ser igual: es el sindicato el que influye sobre el partido, es la base obrera la que le da directrices. No hace mucho tiempo que el Partido Comunista decía lo mismo con respecto a Comisiones Obreras. Todo ello refleja la dificultad de la situación. Se trata de salir al paso de un malestar entre los trabajadores, y de unas denuncias de la clase patronal y del Gobierno: las huelgas, los movimientos de masas, estarían relacionados con las posiciones de los partidos en la lucha política. Por muchas vueltas que se le dé al tema, la verdad es que parece imposible de separar, sin perder nunca de vista la legitimidad. Puede ocurrir que el PSOE considere que sus análisis de la situación económica del país, sus posibilidades de negociación con los patronos, su influencia sobre el Gobierno, sus condiciones electorales inmediatas y futuras, etcétera, desaconsejen que la tensión social se refleje en huelgas y movimientos de masas, que temerían en detrimento de los obreros mismos, de los sindicatos. Puede ocurrir que el Partido Comunista considere que su aislamiento creciente le impide conseguir esas ventajas para los sindicatos; por la negativa empresarial, por el rechazo del Gobierno, porque su propio análisis de la coyuntura le indique que el proceso de aplastamiento del trabajador va en aumento. ¿Cómo negar a un partido el derecho a influir sobre la dirección del sindicato que le es afín para retener los movimientos de masas?; ¿cómo negar al otro la razón para acrecentarlos si cree que es por ahí por donde puede trabajar mejor? Pero al mismo tiempo esas diferentes opciones son contradictorias, son antiunitarias. Parece lógico que se enfrenten. Sólo que sucede que una de las dos, siendo opuestas, estará necesariamente equivocada. El trabajador tiene que sentir el desconcierto. Con respecto a su sindicato, con respecto a su partido. Tenderá entonces a una de estas dos resoluciones: actuar por

# AL DE TRABAJAD



ingreso de UGT, celebrado en Madrid, han cuajado al final en un compromiso para colas Redondo (en el centro de la fotografía).

disciplina —se ha comprometido en una organización, y lleva su compromiso adelante—, lo cual no es satisfactorio; o tomar en consideración solamente su propia situación, la pequeña óptica de su condición, la de sus compañeros, la del lugar de trabajo en que se encuentra. Lo cual le va a conducir a desafiar a su organización, a perder de vista el interés colectivo, el de su clase y el nacional. Proliferarán las huelgas sin dirección, o no se producirán en el momento preciso. Por otra parte, la tecnificación y el lenguaje del sindicalismo actual, la manipulación de datos económicos teóricos, le irá alejando del sentido de la realidad. Tiende a creer en la realidad de su cocina.

**C**OMO era lógico, ninguno de estos viejos enigmas ha quedado resuelto en el XXXII Congreso de UGT. Críticas y aplausos, censuras y apoyos, parecían cuajar finalmente en un compromiso para la reconducción de la línea actual, en torno a Nicolás Redondo. El valor político y su equivalencia sindical lo ha dado el discurso de Felipe González: no habrá Gobierno de coalición, no habrá consenso, no habrá reedición del pacto de la Moncloa; el Gobierno "está arruinando el proyecto democrático, y en él radica la involución", por lo que estamos asistiendo a un "proceso de podredumbre de la democracia": "Los socialistas debemos asumir, ya que la mediana burguesía no lo hace, aunque por su situación le correspondería, la tarea de hacer posible un cambio de la sociedad hacia hábitos democráticos". Se deduciría de todo ello una inclinación hacia la izquierda, que parece también recogida en las ponencias principales. Ponencias, más que constructivas, críticas. Como la resolución de que la "prensa de izquierdas no existe", adoptada por la ponencia sobre prensa y propaganda. Parece que lo que está dejando de existir es el lector de izquierdas, y que la izquierda orgánica no apoya a la prensa en la que podría encontrar las aulas necesarias para todo este gran debate general de identidad, de encuentro de sí misma; de teorización de las realidades y de traspaso de las realidades al campo teórico. ■

Los  
ConTeM  
poRa  
nEoS

## UN IDIOMA SE DEFIENDE

**P**OR una de esas aberraciones tan frecuentes en nuestro tiempo, parece que, ahora, defender el idioma castellano es tomar una mala posición política. Mientras otros idiomas del Estado recuperan justamente su tradición herida, contemplan sus clásicos, rehacen sus normas, analizan a sus escritores, el castellano se va convirtiendo en un dialecto vergonzante. La desculturización progresiva ha ido reduciendo su vocabulario: cada día mueren —caen en desuso— más palabras. El asalto a la libertad de pensamiento, durante todos los años, ha creado en su lugar perfrasis, circunloquios, eufemismos: la justeza de la expresión, una cierta llanura que no fue nunca obstáculo para la gran literatura, se pierde. La Academia tiene paralizado su diccionario, sus obras de investigación: no hay dinero, ni nadie quiere darlo para el castellano: nadie está dispuesto a creer que la cultura empieza con el idioma. Los "ejecutivos" se han inventado un argot —a partir de su propia denominación— que no es ni siquiera útil: sirve para darles, a ellos, un barniz (como sus solapas, como su corbata). Huyen las concordancias en la sintaxis. Las palabras pierden su significado. Se puede oír al presidente del Gobierno, al ministro de Asuntos Exteriores hablar de la distensión en el sentido de la reducción de la tensión, al traducir "détente" del francés, cuando en castellano significa lo contrario ("causar una tensión violenta"); se les puede oír elogiar a quien "detenta" un cargo, cuando detentar significa "retener uno sin derecho lo que manifiestamente no le pertenece". Un cronista deportivo —importante, justo, valiente, muy escuchado— puede quejarse de que los puristas del idioma (dicho con desprecio) le regañen por emplear la palabra *álgido* en un sentido contrario al que tiene, que el de frío glacial, para después seguir empleándola mal, de forma que se sepa que no le importa; todo ello después de haber repetido muchas veces "antediluviano" en vez de "antediluviano" (anti = contra; ante = anterior).

La prosodia, sobre todo, está sufriendo graves asaltos. La prosodia enseña "la recta pronunciación y acentuación de las letras, sílabas y palabras", y es tan importante como la ortografía. Personas que sufrirían vergüenza si escribieran con faltas de ortografía, presumen de las faltas de prosodia. Es un vicio típico de UCD y los ejecutivos convertir palabras llanas en esdrújulas, esdrújulas en sobreesdrújulas. El mimetismo va invadiendo al PSOE: avanza hacia la izquierda. Marcelino Oreja es un gran especialista. No hablemos ya de las terminaciones en "ado" convertidas en "ao"; no hablemos ya del "pa" por "para" de "pa'l" por "para él". Ahora comienza la invasión de los acentos regionales. No hay nada contra ellos cuando son una música, una tonalidad. Puede haberlo todo cuando convierten una palabra en incomprensible por la anfibia que puede darle distintos significados al sustituir determinadas consonantes o eliminar determinadas vocales. La corruptela está en la radio, en la televisión. Y al que protesta le llaman centralista. Cuando en realidad no quiere imponer su idioma a nadie. Quiere, simplemente, que los que lo hablen lo hablen bien. (Por cierto, el gran castellano, pulcro y puro, rico y ajustado, sonoro y prosódico, lo han ido sosteniendo en los últimos tiempos importantes periféricos: el gallego Valle-Inclán, el levantino Gabriel Miró, el andaluz Juan Ramón Jiménez, el vasco Ramón de Basterra...) ■

POZUELO